



LOUNG UNG
SE LO LLEVARON

RECUERDOS DE UNA NIÑA
DE CAMBOYA

Loung Ung nació en 1970, durante la sangrienta guerra civil de Camboya, que le costó la vida a más de dos millones de hombres, mujeres y niños. Solo tenía cinco años cuando los Jemeres Rojos se adueñaron del país. En 1978, los padres y dos hermanos de Loung Ung fueron asesinados, y la pequeña fue entrenada como niña soldado durante dos años. Consiguió huir y adquirió el estatus de refugiada política en Estados Unidos. Desde entonces lucha junto a su hermano por las libertades de los ciudadanos de Camboya. En 1997 la organización de la que es portavoz, Campaña de Minas Antipersona, fue galardonada con el Premio Nobel de la Paz. Con *Se lo llevaron* ha conseguido plasmar una experiencia única que ha dado la vuelta al mundo.

**En recuerdo de los dos millones de personas que
perecieron bajo el régimen de los Jemeres Rojos.**

*Dedico este libro a mi padre, Ung Seng Im, que creyó
siempre en mí.*

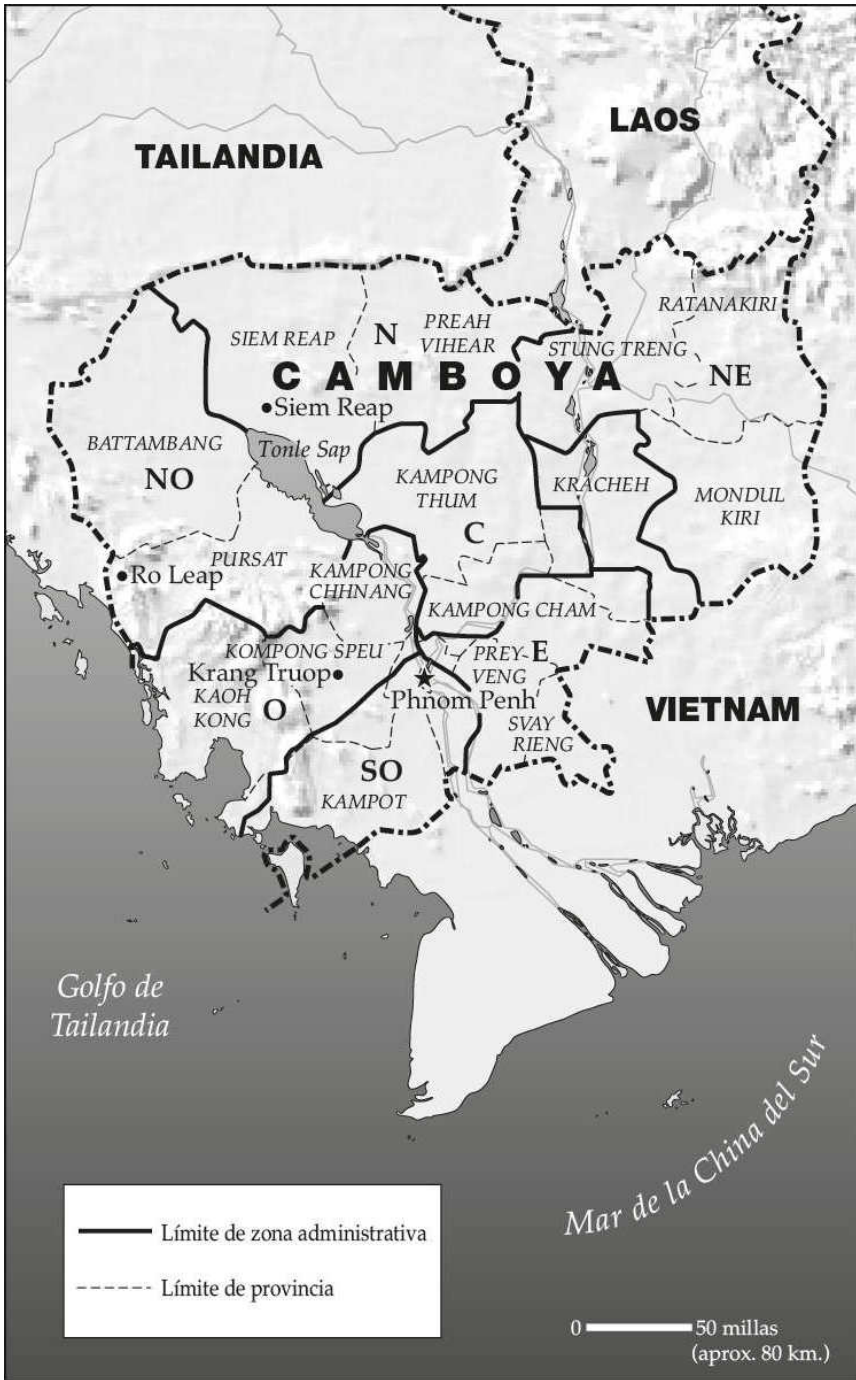
A mi madre, Ung Ay Choung, que me amó siempre.

*A mis hermanas Keav, Chou y Geak, porque las hermanas
son para toda la vida; a mi hermano Kim, que me enseñó
lo que es el valor; a mi hermano Khouy, que aportó más
de cien páginas de la historia de nuestra familia y de datos
sobre nuestras vidas bajo los Jemeres Rojos, muchos de
los cuales he aprovechado en este libro; a mi hermano
Meng y a mi cuñada Eang Muy Tan, que me criaron –muy
bien– en América.*

Nota de la autora

Entre 1975 y 1979, los Jemeres Rojos mataron sistemáticamente a unos dos millones de camboyanos, casi la cuarta parte de la población del país, por medio de ejecuciones, del hambre, de las enfermedades y de los trabajos forzados.

Este es el relato de una supervivencia: de la mía propia y de la de mi familia. Aunque presento los hechos que he vivido yo, mi historia refleja la de millones de camboyanos. Si usted hubiera vivido en Camboya en aquella época, esta sería también su historia.



Phnom Penh

Abril de 1975

La ciudad de Phnom Penh madruga para aprovechar la brisa fresca de la mañana, antes de que el sol atravesase la neblina e inunde de calor agobiante el país. A las seis de la mañana, las gentes de Phnom Penh ya se afanan y se chocan entre sí en los callejones estrechos y polvorientos. Los camareros y camareras, vestidos con uniformes blancos y negros, abren las puertas de las casas de comidas, donde el aroma de la sopa de tallarines recibe a los clientes que esperan el momento de entrar. Los vendedores ambulantes empujan por las aceras carretones en los que llevan montones de budines de carne hervidos, de pinchos *teriyaki* de carne ahumada y de cacahuets tostados, y empiezan a instalarse para comenzar un nuevo día de ventas. Los niños, con camisetas y pantalones cortos de vivos colores, dan patadas con los pies descalzos a balones de fútbol por las aceras, sin hacer caso de las quejas ni de los gritos de los propietarios de puestos de comida. Los amplios bulevares cantan con el rumor de los motores de las motocicletas, de las bicicletas que rechinan y de los pequeños automóviles de los más pudientes. A mediodía, cuando las temperaturas superan los treinta y ocho gra-

dos, las calles vuelven a quedar en silencio. La gente corre a sus casas para refugiarse del calor, almorzar, darse una ducha fría y echarse una siesta antes de volver al trabajo, a las dos de la tarde.

Mi familia vive en un tercer piso en el centro de Phnom Penh, así que estoy acostumbrada al tráfico y al ruido. En nuestras calles no hay semáforos; en su lugar hay policías que dirigen el tráfico subidos en peanas de metal, en los cruces. Pero parece que la ciudad es un gran atasco permanente. Mi medio de transporte favorito para moverme por la ciudad con mamá es el ciclo, porque el conductor puede sortear con él el tráfico más denso. El ciclo parece una silla de ruedas grande que está unida a la mitad delantera de una bicicleta. Te sientas en él y le pagas al conductor para que te lleve donde quieras. Aunque tenemos dos coches y un camión, cuando mamá me lleva al mercado solemos ir en ciclo, porque así llegamos antes a nuestro destino. Sentada en su regazo doy botes y me río mientras el conductor pedalea por las calles congestionadas de la ciudad.

Esta mañana estoy recluida en una silla alta en una casa de tallarines, a una manzana de nuestro apartamento. A mí me gustaría mucho más estar jugando a la rayuela con mis amigas. Las sillas altas siempre me dan ganas de ponerme a saltar encima de ellas. No me gusta nada que me cuelguen y me oscilen los pies en el aire. Hoy mamá ya me ha advertido dos veces que no me suba a la silla ni me ponga de pie en ella. Yo me conformo con agitar las piernas bajo la mesa.

A mamá y a papá les gusta llevarnos a una casa de tallarines por las mañanas, antes de que papá se vaya a trabajar. Como de costumbre, el local está lleno de gente que desayuna. El tintineo de las cucharas sobre el fondo de los cuencos, el ruido que hace la gente al sorber té y sopa caliente, el olor a ajo, cilantro, jengibre y caldo de carne que hay en el aire me produce ruidos de hambre en

el estómago. Frente a nosotros un hombre se mete tallarines en la boca con palillos. A su lado, una muchacha moja un trozo de pollo en un platito de salsa *hoisin*, mientras su madre se limpia los dientes con un mondadientes. La sopa de tallarines es uno de los desayunos tradicionales de los camboyanos y de los chinos. Nosotros solemos tomarla; o bien pan francés y café helado cuando queremos hacer un desayuno especial.

—Estate quieta ahí sentada —dice mamá, mientras baja la mano para pararme la pierna en plena oscilación; pero yo acabo por darle una patada en la mano. Mamá me dirige una mirada severa y me da una palmada rápida en la pierna.

»¿Es que no puedes estarte quieta? Ya tienes cinco años. Eres una niña muy revoltosa. ¿Por qué no puedes ser como tus hermanas? ¿Cuándo vas a convertirte en una señorita como es debido? —suspira mamá. Naturalmente, yo ya se lo he oído decir otras veces.

Debe de ser duro para ella tener una hija que no se comporta como una niña, ser tan hermosa y tener una hija como yo. Las amigas de mamá la admiran por su altura, por su esbeltez y por su piel blanca como la porcelana. Suelo oírlas hablar de la belleza de su cara, cuando creen que ella no las oye. Hablan delante de mí con libertad, porque soy niña y creen que no entiendo. Así pues, sin hacer caso de mi presencia, comentan sus cejas que forman un arco perfecto; sus ojos en forma de almendra; su nariz alta y recta, de occidental, y su cara ovalada. Mamá, con su metro setenta, es una amazona entre las mujeres camboyanas. Mamá dice que si es tan alta es porque es de pura raza china. Dice que algún día yo también seré alta gracias a mi ascendencia china. Espero que así sea, pues ahora la cabeza me llega hasta la cadera de mamá.

—La princesa Monineath de Camboya tiene fama por su corrección —sigue diciendo mamá—. Dicen que anda de una manera tan silenciosa que nadie la oye llegar. Sonríe

sin enseñar los dientes. Habla con los hombres sin mirarlos a los ojos. ¡Qué dama tan elegante! –añade mamá, mirándome y sacudiendo la cabeza.

–Umm –respondo yo, mientras tomo un trago ruidoso de mi botellita de Coca-Cola.

Mamá dice que ando dando pisotones, como una vaca muerta de sed. Ha intentado muchas veces enseñarme a andar como debe andar una señorita. Primero apoyas el talón en el suelo; después haces rodar sobre el suelo la parte carnosa del talón mientras encoges los dedos dolorosamente. Por fin los dedos del pie te despegan suavemente del suelo. Debes hacerlo todo con gracia, con naturalidad y en silencio. A mí me parece demasiado complicado y doloroso. Además, me gusta ir dando pisotones.

–En qué líos se mete; el otro día, sin ir más lejos... –sigue diciendo mamá a papá; pero le interrumpe la llegada de la camarera con nuestra sopa.

–Tallarines especiales de Phnom Penh con pollo para usted y un vaso de agua caliente –dice la camarera, depositando delante de mamá el cuenco humeante de tallarines de patata translúcidos que flotan en un caldo claro—. Dos de tallarines de Shanghái con callos y tendones de ternera.

La camarera también deja, antes de marcharse, un plato lleno de judías germinadas frescas, rodajas de lima, cebollinos picados, guindillas rojas enteras y hojas de menta.

Mientras yo me echo en la sopa cebollinos, judías germinadas y hojas de menta, mamá mete en el agua caliente mi cuchara y mis palillos y me los seca con la servilleta antes de devolvérmelos.

–En estos restaurantes no hay mucha limpieza, pero el agua caliente mata los microbios.

Hace lo mismo con sus cubiertos y con los de papá. Mientras mamá prueba su caldo claro de pollo con tallarines, yo me echo en el cuenco dos guindillas rojas enteras

y papá me observa con aprobación. Aplasto las guindillas con la cuchara contra el borde del cuenco, y la sopa queda por fin a mi gusto. Tomo despacio una cucharada de caldo y, al instante, la lengua me quema y la nariz me gotea.

Papá me dijo hace mucho tiempo que la gente que vive en países de clima cálido debe tomar comida picante porque les hace beber más agua. Cuanta más agua bebemos, más sudamos, y el sudor nos limpia de impurezas el cuerpo. Yo no lo entiendo, pero me gusta la sonrisa que me dedica, y vuelvo a dirigir los palillos al plato de guindillas, derribando el salero, que cae al suelo como un árbol talado.

–Basta ya –me dice mamá con voz de enfado.

–Ha sido sin querer –le dice papá, y me sonrío.

Mamá lo mira frunciendo el ceño y le dice:

–Tú no la animes. ¿Te has olvidado de lo de la pelea de gallos? También dijo que había sido sin querer y ahora mira cómo tiene la cara.

Me parece increíble que mamá siga enfadada por aquello. Con el tiempo que hace que pasó, cuando fuimos a hacer una visita a mi tío y a mí tía en su granja, en el campo, y yo jugaba con la hija de sus vecinos. Ella y yo teníamos un gallo y lo llevábamos a que se peleara con los gallos de otros chicos. Mamá no se habría enterado si no hubiera sido por el gran rasguño cuya señal llevo todavía en la cara.

–A mí me parece esperanzador ver cómo se mete en esas situaciones y cómo sale de ellas. Me parece que da claras muestras de lo lista que es.

Papá me defiende siempre ante todos. Suele decir que la gente sencillamente no entiende cómo funciona la inteligencia de un niño y que todas esas cosas problemáticas que hago son, en realidad, síntomas de fuerza y de inteligencia. Tendrá razón o no, pero yo le creo. Creo todo lo que me dice papá.

Si mamá tiene fama por su belleza, a papá lo aprecian por la generosidad de su corazón. Mide un metro sesenta y cinco, pesa unos setenta kilos y tiene una complexión grande y gruesa que contrasta con el tipo largo y esbelto de mamá. Papá me recuerda a un osito de peluche, blando, grande y fácil de abrazar. Papá tiene ascendencia camboyana y china, y tiene el pelo negro y rizado, la nariz ancha, los labios carnosos y la cara redonda. Tiene los ojos cálidos y castaños, como la tierra, con forma de luna llena. Lo que más me gusta de él es su manera de sonreír, no solo con la boca, sino también con los ojos.

Me encantan los relatos de cómo se conocieron mis padres y de cómo se casaron. Cuando papá era monje, fue a cruzar por casualidad un arroyo donde mamá recogía agua con su cantarillo. Papá miró a mamá una sola vez y se quedó prendado de ella al instante. Mamá vio que él era amable, fuerte y apuesto, y acabó por enamorarse. Papá abandonó el monasterio para poderle pedir que se casara con él y ella le dijo que sí. No obstante, los padres de mamá no querían consentir que se casaran, porque papá tenía la piel morena y era muy pobre. Pero, como estaban enamorados y decididos, se escaparon juntos.

Gozaron de estabilidad económica hasta que papá se aficionó al juego. Al principio se le daba bien y ganaba muchas veces. Hasta que un día fue demasiado lejos y se jugó todo en una partida: su casa y todo su dinero. Perdió la partida y estuvo a punto de perder a su familia cuando mamá le amenazó con abandonarlo si no dejaba el juego. A partir de entonces, papá no volvió a jugar jamás a las cartas. Ahora todos tenemos prohibido jugar a las cartas e incluso traer a casa una baraja. Hasta a mí misma me castigará gravemente si me pilla. Aparte de lo del juego, papá es todo lo que debe ser un buen padre: amable, delicado y cariñoso. Trabaja mucho, de capitán de la Policía Militar, y por eso no lo veo tanto como yo quisiera. Mamá me dice que si papá ha salido adelante no ha sido a base de piso-

tear a nadie. A papá no se le ha olvidado lo que es ser pobre y, en consecuencia, dedica el tiempo necesario a ayudar a otras muchas personas necesitadas. La gente lo respeta y lo aprecia de verdad.

–Loung es tan lista y tan inteligente que la gente no la entiende –dice papá y me guiña un ojo. Yo le dedico una amplia sonrisa. No sé si seré lista, pero sí sé que tengo curiosidad por el mundo: desde los gusanos y los bichos hasta las peleas de gallos y los sujetadores que mamá tiende en su habitación.

–Ya estás otra vez, animándola a que se comporte de esa manera –dice mamá, mirándome; pero yo no le hago caso y sigo sorbiendo mi sopa–. El otro día se acercó a un vendedor ambulante que vendía ancas de rana asadas y se puso a hacerle preguntas: «Señor, ¿ha cazado las ranas en las charcas del campo o las ha criado usted? ¿Qué se da de comer a las ranas? ¿Cómo se despelleja una rana? ¿Les encuentra gusanos en el estómago? Si vende solo las ancas, ¿qué hace con el resto del cuerpo?». Loung hizo tantas preguntas al vendedor que este tuvo que marcharse con el carretón. No está bien que una niña hable tanto.

Mamá me dice que tampoco está bien revolverse cuando uno está sentado en una silla alta.

–Estoy llena, ¿me puedo marchar? –pregunto, moviendo las piernas con más fuerza todavía.

–Está bien, puedes ir a jugar –dice mamá con un suspiro. Yo me bajo de la silla de un salto y me encamino a la casa de mi amiga, que está en la misma calle.

Aunque tengo el estómago lleno, todavía me apetece picar cosas saladas. Con el dinero que me dio papá en el bolsillo, me acerco a un carretón de comida donde venden grillos tostados. Hay carretones de comida en todas las esquinas y venden de todo, desde mangos maduros hasta caña de azúcar, desde bollos occidentales hasta *crêpes* al estilo francés. La comida de la calle siempre está disponible y es barata. Estos puestos son muy populares

en Camboya. En Phnom Penh es corriente ver en las calles secundarias a gente que come sentada en filas de taburetes bajos. Los camboyanos están comiendo constantemente y hay de todo para saborearlo cuando tienes dinero en el bolsillo, como yo esta mañana.

Los grillos pardos, brillantes, envueltos en una hoja verde de loto, huelen a humo de leña y a miel. Saben a nueces tostadas y saladas. Mientras paseo despacio por la acera veo que los hombres se amontonan alrededor de los puestos atendidos por muchachas bonitas. Me doy cuenta de que la belleza física de la mujer tiene importancia, de que nunca es malo para el negocio que tus vendedoras sean muchachas atractivas. Una joven guapa convierte en chicos abobados a hombres que son listos en circunstancias normales. Yo he visto a mis propios hermanos comprar a muchachas bonitas cosas de picar que no comerían normalmente, sin hacer caso de las comidas deliciosas que vendían las muchachas poco agraciadas.

A mis cinco años sé también que soy una niña bonita, pues he oído muchas veces a las personas mayores decir a mi madre lo fea que soy.

—¿Verdad que es fea? —le decían sus amigas—. ¡Qué pelo tan negro y tan brillante! ¡Y mira qué piel tan tersa y tan morena! Con esa carita en forma de corazón te dan ganas de darle un pellizco en las mejillas de manzana, con los hoyuelos que tiene. ¡Mirad qué labios tan carnosos y qué sonrisa! ¡Qué fea!

—¡No me llaméis fea! —les chillaba yo, y ellas se reían.

Eso era antes de que mamá me explicara que en Camboya la gente no piropea abiertamente a los niños. No quieren que el niño llame la atención. Se cree que los malos espíritus sienten celos con facilidad cuando oyen que alguien piropea a un niño y que pueden venir a llevárselo al otro mundo.

La familia Ung

Abril de 1975

Nuestra familia es numerosa, somos nueve en total: papá, mamá, tres chicos y cuatro chicas. Afortunadamente tenemos un apartamento grande en el que cabemos todos cómodamente. Tiene la misma distribución que un tren: la entrada es estrecha y hay habitaciones que se extienden hacia el fondo. En nuestra casa hay muchas habitaciones más que en las otras casas que he visitado yo. La habitación más importante de nuestra casa es el cuarto de estar, donde solemos ver juntos la televisión. Es muy amplio y tiene el techo más alto de lo normal para dar cabida al altillo que sirve de dormitorio a mis tres hermanos. Un pasillo corto que conduce a la cocina separa el dormitorio de mamá y de papá de la habitación que compartimos mis tres hermanas y yo. Cuando los miembros de la familia ocupamos nuestros lugares habituales alrededor de la mesa de caoba, cada uno en su silla de teca de respaldo alto, nuestra cocina está llena del olor a ajo frito y a arroz guisado. El ventilador eléctrico del techo de la cocina gira constantemente y difunde esos aromas familiares por toda la casa, hasta en el baño. Somos muy modernos: nuestro